

Y nadie sabrá por qué
anoche, cuando dormían,
oyeron como entre sueños
tintineos de cuchillas,
y una voz que blasfemaba
y otra voz que se moría.

Sorprende, por lo desusado en esta hora de innovaciones y de «ismos», la manera sencilla de Vicente Nacarato. Y no tendrá, es claro, el aplauso de las capillas intransigentes.—C. P. S.



HERODIAS. Poema Bíblico, por *Máximo Soto-Hall*.

Sólo conocíamos de este escritor sus ensayos políticos, y en especial su estudio sobre el imperialismo yanqui en Nicaragua.

Prosa ágil, siempre correcta, se hace leer con agrado, y tiene el argumento macizo para convencer a sus lectores que desconozcan la materia que trata.

Este poema «Herodias» (1) nos muestra a Soto-Hall como a lírico de grandes condiciones, dueño de la técnica del verso, aunque sin gran novedad en las imágenes ni en la adjetivación.

La leyenda de Salomé, tan llevada y traída en todas las literaturas, en prosa y verso, tiene en él a un intérprete feliz. Logra dar cierta originalidad al desarrollo y lo encuadra con verdadera maestría en los siete Cantos de que consta la obra.

Es lógico que tema casi agotado no se preste para aquilatar, todas las condiciones líricas de un poeta. Pero así y todo, Soto-Hall nos dice con esta leyenda lo que podrá dar en obras más personales, de visión más íntima.

(1) Buenos Aires, 1934.

¿Es este libro del escritor centroamericano apenas una golondrina en su labor política y diplomática? Sería de lamentar su silencio lírico ya que su canto ha remozado, dentro de lo posible, una bíblica leyenda que desde hace tiempo no tiene secretos para nadie.—C. P. S.



DOCE SILUETAS, por *José de la Cuadra*.

De finos y claros contornos estas Siluetas de Augusto Arias, Aguilera Malta, Gil Gilbert, Gallegos Lara, Pareja Diez-Canseco, Jorge Carrera Andrade y otros artistas ecuatorianos.

José de la Cuadra, compañero de todos ellos, los enfoca con viva comprensión, sin dejarse llevar por esas «simpatías de temperamento», de que hablara alguien. Les juzga severamente, pero sin el afán preconcebido de hallar lunares, manía tan común entre los críticos chilenos, que, casi siempre, escriben en postura de examinador, felices de «pillar» al examinado que les cae entre las manos.

El autor de estas Doce Siluetas es suficientemente conocido entre los escritores chilenos,—es claro que todavía no ha llegado al público nuestro, como no llegaron, tampoco, sus compatriotas, que hoy asombran a la América con sus novelas y sus cuentos, y se aprecian las excelencias de su esilo y su gran cultura.

Aspecto nuevo este que de la Cuadra deja ver en sus Siluetas (1). Le conocíamos por sus cuentos, apretados de emoción y de calor humano, pero no sabíamos sus condiciones de crítico sagaz, de visión dilatada y firme cultura clásica.—C. P. S.

(1) Editorial América.—Quito (Ecuador) 1934.

